



Ríos en la poesía (selección)
En las regiones de la Universidad de Antioquia



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

Ríos en la poesía (selección)
En las regiones de la Universidad de Antioquia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Vicerrectoría de Docencia

Edición Sistema de Bibliotecas

Universidad de Antioquia

John Jairo Arboleda Céspedes

Rector

Lina María Grisales Franco

Vicerrectora de Docencia

Luis Hernando Lopera Lopera

Director del Sistema de Bibliotecas

Agosto de 2019

Edición

Luis Germán Sierra Jaramillo y Sergio Rodríguez Pérez, Sistema de Bibliotecas

Ilustración de portada: *Escaleras verdes*. Migdonio Antonio Chaverra. Acrílico sobre lienzo, 1,30 x 1,00 m, 2019

Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Edición con fines culturales y divulgativos. Se publica el material con base en el artículo 32 de la Ley 23 de 1982, dado el carácter académico y la divulgación gratuita del presente texto.

Presentación

El río, como el mar, pueden ser fenómenos naturales apaciguadores, que inspiran un respeto sagrado, misterioso, tal vez elevado, por parte de los seres humanos. Y ello, muy probablemente, se debe a que hombres y mujeres, quizá desde siempre, sostienen con el agua una relación de compenetración, de extraña filiación que se demuestra desde la niñez misma. En cualquier bebé, por ejemplo, existe una gran fascinación, natural, con el agua. Para muchos, también extrañamente, su primera palabra es «agua». De hecho, nadamos, antes de nacer, en líquido amniótico, que es casi todo agua. Y cuando llega la hora de nacer, la expresión más común es que la madre «rompió aguas», es decir, se rompe la bolsa que contenía el líquido amniótico donde nadábamos (quizá felices hasta ese momento).

Selección

Y la poesía, claro está, tiene mucho que ver en todo esto («La poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre»: Luis Cardoso y Aragón). El mar, el río, las quebradas, los saltos, la lluvia, en una palabra, el agua, están en casi todos los poetas y en muchos poemas. Existen no pocas antologías que reúnen textos alusivos a los ríos del mundo, históricos y no, importantes y no, en los países ricos y en los países pobres.

La presente es una selección de textos sobre ríos colombianos y, más concretamente, ríos que pasan por los territorios donde se encuentran las sedes de la Universidad de Antioquia: Turbo, Apartadó, Caucasia, Puerto Berrío, El Carmen de Viboral, Sonsón, Andes, Santa Fe de Antioquia, Amalfi, Segovia, Yarumal y Medellín, que contiene, como es de esperarse, descripciones, loas, reclamos, preguntas, teatralizaciones (hablan los ríos), ironías y actualizaciones (a algunos de ellos los han convertido en cloacas y otros —o los mismos— arrastran

cadáveres de personas asesinadas en la sucia guerra que se libra en casi todo el territorio colombiano). No es, entonces, exclusivamente, un canto sublime a los ríos, a sus aguas caudalosas y bellas. Que tienen, como cualquier persona, memoria, y cobran duramente el daño y las desviaciones que sufren, buscando su cauce. Desbordamientos, inundaciones, catástrofes humanas y físicas es el cobro a la insensatez y a la codicia, muchas veces de gobernantes y constructores.

Los ríos Porce, Nus, Magdalena (hay aquí dos poemas al río Yuma, que es como llamaban los aborígenes al Magdalena), Atrato, Aures, Cauca, San Juan, Urrao y Medellín son algunos de esos ríos que refrescan los territorios en los cuales se asienta la Universidad.

Los textos al río Medellín son dos prosas, una de Tomás Carrasquilla y otra de Pablo Montoya, dado que no encontramos poemas, propiamente dichos, dedicados al río Medellín.

Selección

Es una antología imperfecta, sin duda, como casi cualquier antología, pero los textos que incluimos, tanto de autores reconocidos, como de otros que no lo son (todos colombianos, pero no todos antioqueños), relucen por su autenticidad, algunos son bellamente poéticos, otros risueños e irónicos, otros duros y actuales y críticos. Todos pertenecen a escritores de probada permanencia y de probada calidad.

En la importante y placentera tarea de recolección de poemas (eran más de los que quedaron, pero había un límite) también participaron la profesora María Stella Girón López y los coordinadores de las bibliotecas de las sedes regionales de la Universidad de Antioquia. A todos ellos muchas gracias.

Luis Germán Sierra J.

Sarta del río Cauca

Bajábamos —mi caballo y yo— dos veces al año hacia el río Cauca.

De las altas montañas bajábamos y al amanecer divisábamos el río entre piedras negras y palmeras y era una gran alegría ver este río.

Viajábamos de noche con la luna de agosto y con las lluvias de enero en enero.

Pero mi caballo se sabía el camino de memoria o lo inventaba,

Él que veía —porque yo no veía nada—.

Yo tenía trece años, mi caballo tenía cinco; éramos muy jóvenes para andar solos por ahí.

Qué amigazo era mi caballo, más inteligente y más instruido que yo,

Y sin embargo era yo el que llevaba las riendas del freno,

Selección

Solo por ser el hijo del dueño del caballo, como siempre sucede.

Pero yo le ofrecía pedazos de panela en mi mano, mirándolo de frente,

Y nunca cometí la torpeza de vaciarle una botella de cerveza en la testa coronada por sus dos nerviosas orejas.

Yo lo llamaba por su nombre y apellido y él venía a mí con un suave trote amoroso,

Subiendo desde el fondo de la cañada donde la bruma no se levantaba aún, dormida sobre los pastizales de yaraguá, grises y constelados de rocío a las seis de la mañana.

Durante el viaje, yo le recitaba a mi caballo todos los poemas de Porfirio Barba-Jacob, los cuales se esparcían por las desiertas montañas.

No recuerdo ningún comentario de mi caballo acerca de los poemas, pero si yo dejaba de recitar, él se detenía.

Por supuesto que antes de salir yo había bañado mi caballo,
Lo había tenido conmigo en el patio de atrás de la casa,
dándole de comer dulce caña picada, aguamiel con salvado, bananos partidos,
Y lo había peinado, acariciado, dándole palmadas en las ancas,
Con cepillos de raíz le había alisado el pelo y con un peine de cacho le había peinado cuidadosamente la crin y la cola
Y había revisado los aperos: la alfombra roja para el lomo, el freno limpio, la cincha suave pero firme, la montura adornada con grabados y bollones, los estribos de cobre labrado, los zamarros de piel, mi sombrero de fieltro. Mientras no me calara aquel sombrero, el caballo no entendía que pudiésemos partir.
Mi padre miraba todo muy despacio y muy serio

Selección

Y si no había ninguna falla aprobaba con la cabeza.
Yo sé que ese caballo dejó de existir hace mucho tiempo
y que yo le sobrevivo injustamente.
Era un caballo de largas crines, llamado don Palomo
Jaramillo.
El río Cauca no sabía nada de eso porque venía de muy
lejos, de las tierras llanas,
Tan sereno, tan colmado de grandes peces
—entonces—
El río que había pasado por sus orillas donde negros
bebían en quioscos de palmiche,
Vivían en chozas, trabajaban, no trabajaban, peleaban
entre sí con larguísimas peinillas de acero inoxidable,
marca Corneta,
Negros que habían vertido su sangre en el río, su sudor,
sus lágrimas,
Que celebraban el sábado en los puertos, cada puerto
con su estación del ferrocarril y esas botellas verdes

de Pilsen para la sed, para las ganas de beber, para el coraje de pelear.
A la altura de Anzá las turbias aguas del río se cruzaban en canoa, llevando de la brida a mi caballo para que no se ahogara.
Nadaba pesadamente el caballo, pero tenía mucha resistencia a las aguas impetuosas.
Mi caballo me vio tomar aguardiente, no dijo nada.
Me llevó borracho a casa, me acarició con el belfo, con el lado de su cabeza.
Se paraba muy firme, me miraba fijo, me decía —Vamos.
Al galope corría con sus crines al viento para darme alegría,
O me llevaba con toda seguridad por los malos caminos, en aquellos inviernos.
Desde que no tengo caballo y me veo obligado a rodar en auto, vivo completamente extraviado dentro de mi auto.

Selección

Los paisajes a cien kilómetros por hora no tienen pies
ni cabeza y no pueden decir nada porque se marean,
Pero mi caballo sí que sabía de paisajes, era un caballo
paisajista,

Un caballo de un solo caballo, pero más majestuoso
que el Rolls Royce de la reina.

El río más bello del mundo es el primer río, donde nos
bañamos desnudos,

Y los demás son los otros ríos, así como las otras
mujeres, y los otros amigos.

Si el río Magdalena no me dijo nada cuando yo estaba
muchacho, ya para qué me habla; que no me hable.

Yo tuve una larga conversación con el río Cauca y me
lo dijo todo,

Todo lo mismo que hubiera podido decirme el río
Magdalena,

Pero el río Cauca me puso la mano en el hombro y me
habló al oído

Y el río Magdalena no me gusta porque habla a gritos.
Yo fui con mis amigos al río Cauca y lo atravesamos a
nado, en Anzá, en Cangrejo, Tulio Ospina, La Pintada,
Cali,

Pero yo no he atravesado a nado ningún río Magdalena.
El río Magdalena me quiere ahogar, quiere hacer olas
y taparme, si me pone un brazo encima me aplasta.
Temo mucho del río Magdalena.

Por las orillas del río Cauca me paseaba como un rey
en su baraja.

En el puente de Bolombolo me atuve a conversar con
gentes que pasaban, con un amigo, con la noche
solitaria.

El puente de Bolombolo desaparecerá bajo las aguas
de una presa,

Y con él todas las casas y las grandes bodegas de techo
de cinc.

Sólo el nombre de Bolombolo perdurará en los poemas
de León de Greiff,

Selección

Quien tuvo el privilegio de ver nacer el puerto, cuando
se construía el ferrocarril.

El olor de la hulla desapareció con los trenes, sólo
quedan las putas

Que pronto desaparecerán bajo las aguas de la presa,
con los billares patas arriba, los restaurantes de
caliente sopa, y mi revólver de inspector de policía.

Por el puente de Bolombolo perseguí a un bandido una
noche, el bandido se arrojó al río, hice un disparo al
aire para poder ir a tomar cerveza con el teniente y
conversar del asunto.

Agua del río Cauca,

En lindos vasos de cristal te bebo ahora, un poco
amarillenta, seguramente no muy bien purificada.

Si mi caballo te bebiera se moriría de repente.

Jaime Jaramillo Escobar

Relato de Erik Fjordsson

A Ramón Antigua

Yo río
de tus cóleras inútiles, ¡oh Río,
oh tú, Bredunco, oh Cauca, de fragoroso
peregrinar por chorreras y rocales
—atormentado, indómito y bravío—
y de perezas infinitesimales
en los remansos de absintias aguas quietas, y de lento
girar en espirales,
y de cauce limoso!
¡Oh Cauca, oh Cauca Río!

Yo río
—Yo, Río—
de mi pequeña inmensidad ante la enorme pequeñez,
Naturaleza,

Selección

Naturaleza, ¡de tu símbolo!

Naturaleza..., oh Tú:

¡solo, solo eres grande, solo, cuando en aleaciones

tus vastas masas fundes con las irradiaciones,

¡con las irradiaciones diminutas

de los cerebros y de los corazones!

¡solo, solo en alquimias por fábricas del cerebro

—con ácidos del corazón y con sales intelectuales—

¡Naturaleza, vales...!

Naturaleza..., oh Tú:

pues sola, o con las necias Muchedumbres,

otra cosa no eres,

otra cosa no eres diferente al paisaje de cromo,

relamido —decoración patética del idilio barato—,

otra cosa no eres

sino la dulzarrona hidromiel vertida por azumbres,

pretexto a describientes fluencias del mulato

(«mulato intelectual», o cuarterón letrado) en un soneto

o en cien sonetos, o en un tomo

—de inspiración y de emoción, o flato,
desde la boca hasta la fin repleto...—

Y aquí —donde se sigue— dudo que entienda el romo
(ni acullá):

¡siga, siga la danza, siga
la zarabanda, la tarantela, siga la giga!
¡borbolle su risota la gente abderitana:
¡Don Ruin, Don Babilano, Don Zascandil, Don
Pingüino, Don Zote...!

¡chille hasta reventar pan-beocia enemiga!
¡la tribu de azagaya y de garrote,
de *boomerang*, de chuzo y cerbatana!
¡trinca de tomahawk y de virote!

Yo río

—Yo, Río—

¡yo río de tus cóleras inútiles, oh tú, Bredunco, oh
Cauca!

¡y río de tus odiseas siempre iguales,

Selección

y río de tu clamoroso vocerío,
y río de tu vozarrón medrosa y rauca!
Yo río
de tus cóleras inútiles y de tus odiseas siempre iguales
—y sin Calypso y Circe y Nausicaa y las
Sirenas y sin el mismo Odiseo:
apenas con Penélope paciente
hilando y rehilando tu monótona corriente...—

Yo río
¡Yo...! —fallido Odiseo, fracasado Sindbad, viking de
río—

(Erik Fiúrson, nieto de Leif —hijo del Roso
Erik, que descubrió Vinlandia un día!—)
Yo río. ¡Yo!, de tus odiseas siempre iguales...

mas no del canto maravillante, maravillado, maravilloso,
que concierta tu deslizar saudoso
con mis saudades monotonaes,
con mi caliginosa monodía,

y con el áspero y monótono zumbar del viento
por los matorrales,
por las palmeras, y contra mi pecho veloso
—Erik, nieto de Leif, nieto del Roso
Erik, ¡que descubrió Vinlandia un día!—
cuando, sobre el esquife, rompo tu veste, rompo tu
veste, undoso
Cauca (undoso, undoso y ávido de mi cuerpo, delante
mi ominoso
sacrílego surcar tus aguas virginales
inducido por fuerzas ancestrales,
yo —¡muy venido a menos zarco viking tedioso...!)
Yo río
—Yo, Río—,
yo río de tus cóleras inútiles, ¡oh tú, Bredunco, oh
Cauca!
y río de tus odiseas siempre iguales,
y río de tu clangoroso vocerío,
y de tu vozarrón medrosa y rauca!

Selección

Pero tu canto, ¡pero tu canto!, pero el maravilloso,
¡maravillado, maravillante, pero el maravilloso
canto!

—como dos temas que se entretujan y se esquivan
y se huyen y eluden y luego se alían: noble Fuga—.

Pero ese canto maravilloso
que concierta tu deslizar saudoso
con mis saudades lentas
(que su morbo cultivan
y paseanlo a lomo de tortuga),
con mis saudades lentas,
con mi locura (¿es esto, Baruch?) y con el signo fatal
que unció al hastío
mis audacias violentas,
mis ambiciones irredentas,
y ese abolido Imperio Fabuloso

que yo soñara..., que sueño aún..., y que no será mío...
—¡ni de nadie!—

¡ese canto, nuestro canto enatío,
nuestro canto es la Música, oh Río,
y lo demás es solo vocerío,
es solo vocerío,
¡vocerío...!

León de Greiff

El río

No tiene leyendas como el Rhin, ni sacros misterios como el Ganges; genios y ondinas desdeñaron sus aguas; ningún poeta le ha dedicado estrofa; para nada le mencionaron las tradiciones mentirosas; la horda primitiva que trasegó por sus márgenes no le consagró siquiera la más salvaje de sus admiraciones; la superstición y los agüeros del alma castellana jamás forjaron a su costa ningún espanto ni de diablos azufrosos ni de ánimas en penas.

El Aburrá es un humilde, un ignorado, un agua sin nombre. Como los buenos y sencillos, trabajaba en el silencio y en la oscuridad. Y trabaja; ¡Dios lo sabe! Él riega y fertiliza los campos de esta Villa que quiso darle un nombre; él recoge, para abonar a su paso las tierras labrantías, cuanto asquea y estorba a su señora.

No fueron sus corrientes para naos ni menos velámenes. Solo las balsas rudimentarias de cañizos y los

maderos de construcción bajan, singlados y serenos, por sus ondas pausadas. No habita los fangos de sus recodos pez alguno de talla aventajada. Solo la sabaleta, tornasolada y argentina, riquísima de espinas y en sabores, agota la paciencia del pescador de caña con sus malicias y esquiveces. Ni flamencos ni garzas se pescan desde estas orillas sombreadas; pero los chorlos de Dios loquean aquí y allá, en busca del sustento, y las bandadas de patos errabundos bajan de vez en cuando en busca de su muerte con estas escopetas traicioneras.

Pero si no la fauna, la flora: el písamo y el carbone-ro, el alcaparrón y el cámbulo, el arizá y la batatilla le riegan sus pétalos y su polen por entre los rastrojos de florecillas diminutas.

Baila el sauce sus ramajes desmadejados en los charcos de la orilla, mientras la cañabrava tremola en lo alto el plumón desmelenado de sus flechas.

Si no mitos poéticos ni agoreros, la realidad casi intangible de este metal por todos perseguido. Desde aquí lo arrastra en sus arenas y luego se lo desgranar en su fondo los aluviones de San Esteban y Barbosa.

Una vez enriquecido cambia de nombre como toda persona que estime sus dineros. Porce es ya todo un señor río, lleno de honores y dignidades; un río que recibe muchos tributos y atesora muchísimos valores. Mas todo esto y algo más que se omite son apenas los prolegómenos de su potencia áurea; más abajo da vértigo; no le basta ya el ser Porce: necesita ser Nechí, nombre agudo e inquietante. El Dorado, aquel delirio calenturiento de la hispánica codicia, yace encantado bajo los antros de su fondo. Mas es lo horrible que algún genio hosco y egoísta debe custodiarlo. Si algún mortal venturoso ha captado unas partículas del depósito ingente, otros han hundido en esas aguas endiabladas su fortuna, su provenir, su salud y hasta su vida.

¡Cuánta riqueza arrastrará el Nechí al Cauca; cuánta el Cauca al Magdalena; cuánta este el Caribe tenebroso!... ¡Y nosotros aquí, tan tristes, tan abatidos, tan enfermos con esta sed del oro! ¡Ah, dolor!...

Tendremos que acogernos a la poesía, hermana del hambre. Casualmente que si nos alejamos un tantico de La Villa, toparemos el río como en sus tiempos mejores: bosquecillos discretos de guayabales y suribios, matorrales de juncos y hojasantas; senderos que ondu lan por entre la yerba, rincones soledosos de follaje, donde aletean las musas y arrullan ronco las palomas de Eros. Encantadoras orillas las de este río, que produce fiebre.

En otro tiempo, ¡oh Aburrá hidalgo! Fuiste para el medellinense consuelo en sus quebrantos, solaz en sus trabajos. Granuja que se perdiese, chicuelo que hiciera novillos, ya se sabía dónde se le hallaba. Por arriba o por abajo del puente de Colombia te invadía

Selección

los domingos la estudiantina bárbara. Era una horda anfibia que trasegaba todo el día de tus ribas a tus corrientes, de tus arenales a tus bosques; de tus arenales a tus bosques; un juego de aguas y un zambullir perpetuo, entre las hartadas de naranjas y los atracones de guayabas, entre la disputa horrenda por el quesito y la panela.

Aún recuerdo los viejos con delicia retrospectiva, las tandas de damas mañaneras del copete que subían muy frescachonas San Benito arriba, la cabellera al aire, terciado el pañolón, bajo los dombos protectores de sus sombrillas. Seguíanlas sus fámulas, portadoras de las ropas acuátiles, encarrujadas con la escurrida.

Pero ¡oh río manso y hospitalario! Lo que es gente ¡no volverás a remojar junto a tu Villa!

La edificación urbana ha invadido tus dominios, y los trenes ferroviarios te pasan por la cara. La policía de la civilización no admite en tu regazo ni paños a la

griega ni olímpicas desnudeces. Sus trajes de paraíso se los reserva para centros más cultos.

Frente a tu señora no podrás hacer tus contorsiones ni correr por donde quieras. Tus bancos de arena, tus serpenteos, los dejas para afuera. Aquí te pusieron en cintura, te metieron en línea recta; te encajonaron, te pusieron arbolados en ringlera. Has perdido tus movimientos, como el montañero que se mete en horma, con zapatos, cuello tieso y corbatín trincante. Mas nunca faltarán tus riberas ni poesía ni hermosura: que por mucho que te dañen la simetría y el confort urbanizadores, nunca podrán avasallar del todo el desgaire armonioso de tu gentil naturaleza. Siempre se oirá a Pan en tus orillas; siempre tributarás tus oros a los pulpos y monstruos submarinos.

Tomás Carrasquilla

El río Medellín

Tomás Carrasquilla precisaba, en 1919, que el río de Medellín era demasiado insignificante. Nada de leyendas, ni misterios. Nada de tradición heroica, ni superstición alguna forjada por estas aguas. Un «río humilde, un ignorado, un agua sin nombre», dice Carrasquilla. Un río no miserable, ni mezquino. Solo un río fútil. Pequeño. Insulso, si se piensa en otros más estruendosos en faenas comerciales y bélicas. El de Carrasquilla, sin embargo, pasa por Medellín con un sonsonete bucólico que ahora, a inicios del siglo **xxi**, parece no irrisorio sino increíble. Luego, se sabe, el río Aburrá entonces, río Medellín ahora, se vuelve Porce y después Nechí. Un río de oro, de codicia y de muerte. «Cuánta riqueza arrastrará el Nechí», dice Carrasquilla nostálgico de una riqueza minera que él y su familia gozó, pero cuya mayor parte se iba para otros lados. Con todo, su río se recuesta en la poesía

para querer nombrarlo. Las palabras que se utilizan son sonoras como lo son los seres que frecuentan ese cauce. La sabaleta, los chorlos, el písamo y el carbonero, el cámbulo y el arizá, el alcaparrón y la batatilla. En el río de Carrasquilla, merced a la evocación agreste, merodean musas y revolotean por ahí unas curiosas palomas de Eros que favorecen la desnudez deliciosa. Y en sus orillas hay, hubo, es posible que jamás haya, «juego de aguas y un zambullir perpetuo entre hartadas de naranjas y atracones de guayabas». Carrasquilla se queja, además, de la manera como el urbanismo encarceló al río. «Aquí te pusieron en cintura, te metieron en línea recta; te encajonaron, te pusieron arboladas en ringlera». Pero pese a este rasgo de fea modernidad, el río que pasa por el Medellín de Carrasquilla es optimista. Y tanto es el peso de su musa poética, escapada del caudal, que el escritor cree que siempre se oirá a Pan en esas aguas capaces de tributar «oros a pulpos y monstruos submarinos».

Selección

El tiempo ha transcurrido y el río de Carrasquilla, ¡ay!, no pudo permanecer entre nosotros. Todo paso del tiempo genera transformaciones. Pero estas en Medellín han sido impulsadas por una fuerza caótica por no decir destructora. El río es un espejo turbio donde tales mutaciones históricas son imposibles de ver en su cauce de podredumbre. El río se nos volvió mortaja y mierda a causa de un progreso que ha sido insensato, torpe, tiránico, sucio, industrial, reaccionario. Hace muchos años Eros y su comitiva de ninfas montañeras salieron empelota corriendo despavoridas hacia todas partes. Hacia Bello, Copacabana y Girardota, asediado el cauce de químicos de curtimbres y espumas venenosas. Hacia Caldas y Santa Bárbara, igual camino de porquería. Hacia la Iguaná, la Playa, la Ayurá, botellas, neumáticos, perros y hasta caballos destripados bajan siempre por esos afluentes tristes. Y aquel Aburrá hidalgo suena a todo lo que puede sonar una palabra pronunciada frente a

estas riberas cochinas: a risita o risotada. Vergüenza horizontal. Serpenteo de ignominia. Y cuando abre la boca o remueve su intestino, sus alrededores gimen de una guisa semejante al espanto. Dulce olor a miasma, escribiría uno de los poetas de la generación basura, o cantaría unas de esas agrupaciones roqueras de ahora que se hacen llamar kaos, desasosiego, antitodo. No desconocen ellos, como buenos expresionistas, que hasta la mierda es objeto de canto. Y por qué no. Si Homero surge de la matanza de miles de aqueos y troyanos. Si una parte de la Biblia de la religiosidad paranoica de los hebreos. Si de las alcantarillas de París brota *Los miserables*, uno de los monumentos de las letras decimonónicas. Por qué no esperar que el río Medellín regurgite algo similar. Ilusoria esperanza. Pero esperanza, al fin y al cabo. Un río de podre insignificante convertido, por el artificio del elegido, en joya literaria.

Pablo Montoya

En el río Magdalena

Fulge del río el agua plañidera
y un roble ya decrepito y sombrío
que se está deshojando en la ribera
mira rodar sus hojas en el río.

¿Qué importa al roble aquel que Fora vuelva?
No reverdecerá... Seco y a solas,
aquel titán —despojo de la selva—,
seguirá deshojándose en las olas.

¡Oh roble, hermano mío! Ribereños
somos dos raudales que en su huida
arrastran: uno, llanto, el otro, leños...

Yo también con el ánimo rendida
mirando estoy el polvo de mis sueños
rodar sobre las tumbas de la vida.

Julio Flórez

Al Magdalena

¡Oh, rey, de las florestas que como manto rubio
en el revuelto légamo explayas tu corriente!
Te adoraría el Indus y te ensalzara el nubio
si tus ondas bulleran bajo su sol ardiente.
Si en tus aguas no abreva simbólico elefante
a ti en serenas noches viene el jaguar sombrío,
y meces sus pupilas y el cielo rutilante
donde los astros tiemblan cual si tuviesen frío.

Yo te amo porque adoras la libertad sin lindes,
y tienes la belleza salvaje de la vida;
porque bajo las ramas de tus inmensos lindes
sopla un hálito fresco que a reposar convida.

Selección

Tu cielo es un cimborio de blandas claridades,
azul casto y fluido donde tu dios domina,
y con reflejos de ámbar tus verdes soledades,
al declinar la tarde, magnífico ilumina.

Max Grillo

Los otros

—El Porce acusa—

Detén tu paso
que el camino espera,
y escucha la voz
de mi constante fuga:
soy el Porce:
fronda de pálidas espumas
cuando estrello distancias
en las rocas.

Soy el Porce,
y hasta mí llegaron
con sus dientes de metal
sonriendo sangre;
aquí decapitaron
humildes barqueros
sin otra ilusión que sus bateas;

Selección

campesinos calcinados
por soles infernales
y madres taciturnas
clamando por sus hijos.

Cuerpos devorados,
minuciosamente masticados
por sierras iracundas,
flotaron por mi piel
de turbio espejo:
órbitas vacías
interrogantes ojos...
eran brazos y piernas desollados
desfilando por mis aguas
como una sucesión de peces rojos.

Libres, vergonzosamente libres,
disfrutando un ámbito
de verde complacencia,

iban y venían
por pueblos y veredas
conjugando cruces,
abreviando vidas,
sepultando patria.

Libres, increíblemente libres,
marchando complacidos
obligando voluntades,
comprando las conciencias
y feriendo autoridades
que en vil genuflexión
besaban las lentejas.

Luego se iban por la tarde
eructando su gangrena:
aire fétido que fluye
la fosa común
de sus memorias...

Selección

porquerías escritas en mi agenda
por el viento que los odia
y el sol que los acusa.

Alberto Ibarbo Sepúlveda

Selección

alzados
ante las claridades celestes de tu cuerpo.

Y tú persistes en llevártelo todo
pues vete
vete con estos frailejones nacidos en tu frente
recuerda que tu canto viene desde su aroma
y regresa
aunque en ello te vaya
el desmadre de tu desbarrancamiento.

Al alba
un fraile canta
una salmodia
por nosotros.

Hernán Tello

Nacimiento del río Magdalena

¿Y así que este hilo blanco
Es el río Magdalena?
Inocente, sin reses ahogadas
En invierno, ni bohíos arrastrados
En sus aguas cenagosas.
¿Y así que esta balbuciente lengua
Como pequeña cimitarra
Es el río Magdalena?
Cauto, sin hombres muertos
Navegando entre dos nadas
Y una alta corona de pájaros negros
Sobrevolándolos como tristes aureolas.
Solo es un hilo. Ni siquiera
Ha besado piedras pulidas por el tiempo,
Esas piedras formadas de paciencia.
¿Y así que este leve punzón de agua

Selección

Es nuestro ágrafo río
Que aún no escribe pajonales y muchachas,
Ancianas con parihuelas de bahareque
Recogiendo con las cuencas de las manos su reflejo?
¿Y así que de este secreto
Nace el río Magdalena?
Pobre río lejos de pueblos y ciudades:
No sabe lo que le espera.

Juan Manuel Roca

Canto al Atrato

Te hablo aquí, de la ciudad bañada
por tu espesa corriente aletargada
en la quietud profunda de un remanso...
De la ciudad que a ti se inclina, como
si se inclinara sobre el ancho lomo
de un gran león adormecido y manso.

¡Qué hermoso eres! ¡Bajo el palio inmenso
del cielo occidental, por entre un denso
cortinaje de selvas invioladas;
ebrio de ensueño, pleno de infinito;
saludado en tu marcha por el grito
de las hirsutas fieras asombradas;
vas recorriendo la región ceñuda
que circuyen las crestas de los Andes,
sin un solo rumor, con una muda
profundidad, como las almas grandes...!

Selección

Sus tempestades tienen al Amazonas
que rompe cascos y desgarrá lonas,
corre el Sinú con vigoroso aliento;
el Cauca impulsa su caudal violento;
ruge el San Juan entre peñones altos,
y arrastrando su clámide de arena,
como un bravo corcel el Magdalena
su paso altera con rebeldes saltos.
Tú, no... Ni el banco traicionero y fuerte,
ni hondo remolino en que la muerte
acecha en espirales de culebra;
ni la ola rabiosa que se quiebra
contra la roca, inmovible y dura...
Tranquilo y suave y apacible y lento,
pasas como un sencillo pensamiento
por una mente inmaculada y pura.

El cielo se ennegrece: nubarrones
inmensos, llegan en oscuro enjambre

como águilas que buscan en legiones
con qué saciar los ímpetus del hambre.
Rompe la lluvia su ánfora crujiente,
rebrama el huracán, revienta el trueno...
Mas tú, impassible, espléndido y sereno,
te vas hinchando silenciosamente...
Y sigues entre espumas multiformes,
sin voces de pavor, ni aullidos roncós,
meciendo dulcemente los enormes
cadáveres de ramas y de troncos.

Es la mañana... Su primer reflejo
al esparcirse en tu caudal profundo,
te torna en un maravilloso espejo
donde pudiera contemplarse al mundo.
Mas si la brisa a acariciarte llega,
tu seno en una convulsión se pliega,
tiembla y se arruga sin cesar tu cara,
y ondulas y te agitas y estremeces,

Selección

como si a flor de agua palpitara
toda tu enorme multitud de peces.

Es la hora triunfal del mediodía:
Fulge el sol como un ascua abrazadora.
Arde la tierra. En la región bravía
nada turba el reposo de la hora...
Tan solo en la callada lejanía,
donde se inclina por besarte el cielo,
rema con lentitud una canoa,
fija en el puente la anhelante proa,
como un dolor en busca de un consuelo...
Y en medio tú del cálido bochorno
brillas bajo la bóveda escondida,
como cinta de plomo derretida
entre la intensa claridad de un horno.

Es el ocaso. ¡El sol, en su agonía,
al trasponer su trágico lindero,

te convierte en único heredero
de los tesoros de su pedrería.
Y vierte sobre ti sus ideales
racimos de fantásticos corrales,
los esplendores del «topacio gualda»,
el fulgor del zafiro somnoliento,
la suavísima luz de la esmeralda,
y el llanto rojo del rubí sangriento...!

Y así con rumbo perezoso y blando,
bajo las brisas que tus ondas peina,
te ocultas en la noche, fulgurando
como el cofre de alhajas de una reina.

Y eres, cuando el misterio de la luna
derrama en ti su luminoso lampo,
como una inmensa y pálida laguna
en la infinita soledad del campo.

Selección

La ciudad duerme. Místico momento
del rito nocturnal. Nada se escucha...
La selva calla... Se ha apagado el viento...
En una lejanísima casucha
un trémulo fulgor apenas brilla.
Y los árboles altos de tu orilla
al destacarse en el confín incierto,
fingen en mis fantásticos delirios
unos enormes y dolientes cirios
al pie del lecho de un monarca muerto.

Entonces solo, ante la extraña magia
de tu encanto nocturno, el alma mía
no sé por qué se llena y se contagia
de toda tu ideal melancolía.
Y acude presuroso a mi memoria
el drama inútil de mi propia historia:

Todo lo que pasó, mi fe de niño
pura como un cristal radiante y terso,
mi amor primero, mi primer cariño,
la tierra ausente y el hogar disperso.
Y ante la luz con que tu faz revistes,
pienso en una mujer de hondas pupilas
como tú, grandes, como tú, tranquilas,
y como tú, divinamente tristes...

¡Adiós!... Te hablé de la ciudad bañada
por tu espesa corriente aletargada
en la quietud profunda de un remanso...
De la ciudad que a ti se inclina como
si se inclinara sobre el ancho lomo
de un gran león adormecido y manso.

Carlos Mazo

Aures

De peñón en peñón turbias saltando
las aguas de Aures descender se ven;
la roca de granito socavado
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abriga el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
entretejido, el verde carrizal.
Como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,

como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucina tejó para Endimión.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces
vi mi casa a lo lejos blanquear,
paloma oculta entre el ramaje verde,
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonces el alma
fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques
correr los años de mi infancia vi;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
¡Basta! las penas tienen su pudor,

Selección

y nombres hay que nunca se pronuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
ve de la tarde a la rosada luz
la amarilla vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer, sueño de amor,

Ríos en la poesía

heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca...Y esperanza, ¡adiós!

Gregorio Gutiérrez González

Acuarela

Como una cinta de cristal bruñado
el Cauca por el valle serpentea,
dilatando en sus aguas cristalinas
el rítmico vaivén de las palmeras.
Los guaduales se esfuman a lo lejos,
como abanicos de flotante seda,
y sus matices claros desvanecen
el oscuro verdor de las praderas.
Y en la penumbra tibia del paisaje
se mezclan los perfumes del bosque
con el calor que de la tierra brota.
Y un hálito de anhelos y de amores
hace hermanar el alma con las flores
en el sopor que en el ambiente flota.

Isabel Lleras Restrepo

¡Oh! Liboriana!

Eres hija del imponente cerro
y bajas sus laderas serpenteando
como hilillos de plata que se esfuman
entre rocas y espumas de campo

Hacen guardia de honor en tus orillas
los guayacanes y ceibos florecidos
los trinos de las aves mañaneras
y la silueta cobriza de los búcaros

Las garzas, con el sol naciente
descienden hasta el Cauca en raudo vuelo
y en las tardes engalanan tus recodos
batiendo sus alas al vaivén del viento
Paisanos queridos de mi pueblo
en ti buscaban el fugaz descanso

Selección

levantando sus carpas junto al fuego
disfrutando de tu música y tus charcos

Cuántas veces mirando en tu ribera
el verdor de frondosos cafetales,
sentada a la vera del camino,
hilaba nostalgias y ansiedades

Las nubes plumizas han llorado
y sus lágrimas vertidas desde el cielo
han despertado tu indolente furia
segando vidas y arrasando sueños

Tus aguas cristalinas ya no invitan
como antes a jugar entre tus charcos
han cubierto de lodo las aldeas
y han sembrado por doquier dolor y llanto

Así como renuevas tu corriente,
ese pueblo de pujante raza,

cerrarás las heridas que has dejado
y a tu vera florecerá de nuevo la esperanza.

Falira Londoño Santamaría

Río Magdalena

De un páramo hilillo de alguna laguna
surgiste plateado por hebras de luna
y se fue ensanchando tu raudo caudal;
rodaste al principio silencioso y manso
copiaste los cielos en claros remansos
y en limpios espejos el sol matinal

Henchido tu vientre como hembra en gesta
rodaste del monte, la breña, la cresta
regando maizales, sémolas de pan;
tu frescor de linfas en los manantiales
besaste las lianas, los verdes juncuales
por los tremedales corraste en afán

Dejaste a tu paso curvas serpenteantes
ceñiste oteros y noches radiantes
barrancos bermejos bajo el cielo tui;

y como en ensueños de gracia oportuna
copiaste en tus ondas, penachos de luna
engarces de luna bruñidas de azul.

Desde las cimeras, desde las cabañas
desde los contornos ornados de cañas
surgieron torrentes que en ondas de amor,
te dieron todos sus caudales de aguas
y botes, canoas, chalupas, piraguas
hendieron tus ondas en horas de ardor.

Tu entraña fecunda de hembra parida
dejó en cada orilla retazos de vida
para ser más tarde porteña ciudad;
mil pueblos altivos surgieron entonces
de másculos hombres formados en bronces
y con miedo al miedo y fe en la verdad.

Germán Isaza Gómez

La ninfa del San Juan

El río que riega los campos andinos,
aquel que mi cuna de niña arrulló,
desciende armonioso de la cordillera,
cantando... cantando su eterna canción.

Adornan sus vegas feraces plantíos,
dora sus campiñas el oro del sol,
retan a los cielos los montes altivos,
sus tierras palpitan como un corazón.

De orquídeas y musgos en vivo tesoro;
su cauce, un veneno de rico aluvión;
sus ondas fugaces salmodian en coro
un himno perenne de vida y amor.

Cabe las espumas del río encantado,
a la propia orilla del bello San Juan,
de ricos follajes y flores rodeado,
estaba el ranchito de ña Trinidad.

Vieja lavandera que allí residía,
sin más compañera que Clara María,
una nietecita que no tuvo padre,
y a quien desde niña, le faltó la madre.
Quince años tendría la muchacha aquella,
y era tan juiciosa como dulce y bella.
Creció en la ribera; su amigo fue el río;
en él se bañaba desde muy pequeña,
entre sus rastros buscaba la leña,
y no la arredraba su fragor bravío.
Cuando, por las tardes, volvía de la escuela,
lavaba las ropas con mamita abuela;
y entre las nevadas pompas de jabón,
fue abriendo el capullo de su corazón.

Contábale al río todas tus tristezas
y sus ilusiones y sus alegrías...
en él sumergía su carnal pureza,
y en él contemplaba su agreste belleza,
sin par en la vega ni en la serranía.

Selección

¡Y el río la amaba! Con viva ternura,
la onda cariciosa besaba su flanco,
destilaba en perlas de la crencha oscura,
o en locos transportes de intensa dulzura,
se desmadejaba sobre el seno blanco.
Con dulces endechas y arrullos alados,
contaba a la niña su amor imposible...
Su varia pupila, diáfana y movible,
buceaba, con ansia su pasión terrible,
los arrobadores ojos embrujados
de su niña amada, de la niña bella.
Todas sus finezas eran para ella:
¡Locos remolinos a sus pies danzaban;
límpidos remansos sus gracias copiaban;
chorros irisados, rica pedrería...!
¡El río temblaba de amor y deseo,
como un dios en celo, como el viejo Alfeo,
al ver los encantos de Clara María!

Era ágil su talle como el de una ondina;
tenía una larga cabellera endrina,
undívaga y suave como la corriente,
y bajo la estepa de su limpia frente,
los ojos temblaban con destellos vagos
de dulce tristeza,
como las estrellas tiemblan en los lagos
cuando el sortilegio de la noche empieza.
Voluptuosa y breve, la boca fingía
el fruto sangriento del café maduro;
y entre las turgencias de su cuerpo duro,
la sangre bullía,
floreciendo rosas sobre las mejillas,
pálidos jazmines en el cuello airoso,
magnolias gemelas al pecho glorioso,
y alburas de nardo cabe las rodillas.

Lenguas murmurantes daban su conseja
de que fue el pecado de un noble viajero...

Selección

Se murió de pena la madre. La vieja
abuelita criola con amor y esmero.
Y los más apuestos labriegos la amaban;
guapos campesinos su amor codiciaban,
pero ella tan solo su pecho encendía
al ver el moreno rostro de Ricardo,
el primo gallardo
que, desde pequeña, tanto la quería.
Una tarde tibia, bajo los cafetos,
mientras recogían el grano maduro,
brotaron temblando los dulces secretos
del amor, que nace como un orto puro.
Y ante el encendido fruto carmesí,
ambos pronunciaron el eterno ¡Sí...!

Y el río miraba... y el río escuchaba,
y el río se moría de celos humanos,
al ver la pareja de castos amores
mirarse extasiados, asidas las manos,

paseando su idilio por la verde alfombra
de musgos, helechos y frondas y flores,
que forman su alcázar de rey soberano.

Y bajo la sombra
de sus arrayanes y sus sietecuecos,
refugiar su dicha. Retar altaneros,
de sus remolinos, el vórtice avieso,
de sus precipicios las simas oscuras...
¡Desgajar, golosos, sus moras maduras,
para paladear entre beso y beso...!

¡Qué extraño tormento! ¡Qué loca tortura!
¡El río de celos estaba poseso...!
Y una noche negra, de lluvia y tormenta,
el San Juan, rugiendo, salió desbordado
y, en arrolladora creciente violenta,
arrastró viviendas, puentes y ganado...
¡Todas cuantas vidas halló en su camino...!
Como el carro implacable del destino,

Selección

sordo a la ternura y a la compasión,
fue sembrando estragos y desolación...

La primera presa de su saña fiera
fue la choza humilde de Clara María,
donde con la buena vieja lavandera
soñando venturas la moza dormía.
¡Gritos en la noche, clamores y llanto!
El fragor tremendo de las aguas locas
sofocó los tristes ayes de las bocas
que se debatían entre olas de espantos...

Al rasgar la aurora su broche invernal,
todos los vecinos ansiosos miraron,
y sobrecogidos de pavor quedaron,
al ver el desastre fatal...

Orillas fangosas, playas anegadas,
llenas de hojarasca y de palizadas.
Aguas turbulentas de salto bravío,
en cuya espuma brotan de repente,

despojos mortales, mútilos y fríos,
que, como guiñapos, lleva la corriente.
Por doquiera, muerte, destrucción y ruinas:
En medio del campo, como un Dios airado,
sobre sus riberas, el San Juan, empina
sus aguas, que fingen potros desbocados...
Ya tarde, calmada la horrible creciente,
el triste Ricardo con otros parientes
buscaron los cuerpos de los ahogados,
entre los torrentes y los remolinos,
y todos, al cabo, fueron encontrados,
menos la reliquia que el joven quería.
¡Menos el cadáver de Clara María...!

¡Raptósela el río! ¡Con mucho sigilo,
la llevó al oculto misterioso asilo
de una recatada gruta de cristal,
para coronarla su reina inmortal...!
Y cuentan ahora a las gentes del campo,

Selección

que en las altas noches serenas de luna
ven sobre las aguas deslizarse una
forma femenina de ropaje blanco.
Etérea figura, cuyos pies no pisan,
sino que en el aire raudo se deslizan.
Los que la contemplan, sienten un gran frío,
y todos la llaman “la novia del río...”

Esos lugareños creen firmemente
que la sombra blanca de Clara María
vaga por las noches, misteriosamente,
sobre los raudales que hacia el Cauca van;
Y su alma de virgen se quedó hechizada,
convertida en la ninfa idolatrada,
entre los fluviales brazos del San Juan.

Pubenza Restrepo de Hoyos

El río Urrao

Para Eduardo Arroyabe Vélez

Eran varios kilómetros de cielo
líquido, andariego, azul sonoro,
estrellas de oro vi morir en aquel duelo.
Cielos contra las piedras frío coro.

Los sauces desde el alba como el velo
de cabeceantes nubes; ora el foro
ardiente, ora el santuario, ora el lloro
de unos amantes, o un lejano vuelo.

Así anda el río Urrao, dicen que anda;
pero, ayer lo miré, de la baranda
del viejo puente, y tan solo era

Selección

y será siempre, un cielo vagabundo
que se vino a correr a este mundo,
a gritar y a cantar en la pradera.

Hernando Rivera Jaramillo

Al Yuma²

Con mis cantos
reluciente y puro vas,
al mar inmortal.
Déjame sumergirme
en la frescura de tus aguas
para purificar mi espíritu
y refrescar mi cuerpo.
Dulce Yuma:
ven a mi corazón.

No te vayas al mar cruel,
ven a mi corazón, que el amor es eterno,
ven, yo soy la bella princesa Furatena.

Indios paeces o nasas, Colombia.

.....

2 Yuma es como llamaban los aborígenes al río Magdalena.

El río Urrao

Este río lo siento porque deja
sus armiños de espuma en la alquería,
porque escribe con gotas la armonía
para el arpa del monte que se aqueja;

porque teje cantando la madeja
del maizal que se empina bajo el día;
porque nutre amoroso la ambrosía
que el jardín endereza hasta la abeja;
porque acuna la espera del labriego
—tras el rito de siembra en manso ruego—,
con un beso de savia repetido;

y también, porque en nubes augurales,
eterniza sus aguas paternales,
más allá de la muerte y del olvido.

Lázaro Vélez Cossio

Río Nus

Pedazo de luna, destello de luz
fuente cantarina tú, mi río Nus.
Cruzas la montaña y el valle al andar
y es cual serenata tu lindo cantar.

De lejos te admiro y de cerca al pasar
si viajo a la villa vuelvo a regresar,
y fiel en tu cauce te adorna la arena
y al verte medito y mitigo mi pena.

Quién como tú pudiera hoy estar
sin temor ni duda de ir a naufragar
tú que sí conoces en tu recorrido
la suerte de aquel desaparecido.

El azul y la plancha se pierden de vista
y con magia divina llevan al turista.

Selección

Tú sigues la ruta sin señal de pare
para despedirte cayéndole al Nare.

Naces tan divino con rayas de cebra
formando cascadas arriba en la quiebra
cruzas las montañas y cuantos senderos
y le das turismo al lindo Cisneros.

Jesús Evelio Ospina Ospina

Relato de Gunnar Fromhold

Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño,
oh río en el que el ojo clava su ardiente jade:
—del tren al caligíneo hervor— al ser transido
frente de ti, tu salvajez invade.

Oh río en el que el ojo clava su ardiente palpo,
túrbido Nus, cuando la tarde hosca fenece:
—del tren al caligíneo hervor— al ser atónico
frente a tu salvajez se alza y se crece...

Río, en tu orilla un viking la ceniza
vil de tus oros persiguiera..., en balde,
medio siglo empeñose en horra búsqueda:
¡de azar, apenas...! ¡no de cieno jalde!
Río, ¡en tu orilla un viking la ceniza
vil de tus oros persiguiera...! Oh Nus,
oh Nus de oros ilusos —como el Nare y el Porce
para el viking de ojos de fabuloso azul!

Selección

Soy cansado epígono de su raza soberbia:
en mí su fuerza y su osadía, en mí su gesto
desdeñoso, y el fuego frío de la aventura,
¡y el corazón en ascuas bajo el glacial asbesto!
Soy cansado epígono de su zahareña estirpe:
en mí su orgullo y su hosquedad y su acerbía:
y en mis ojos su sed de odiseas refulge,
¡que en ficciones resuelvo y en fugaz fantasía!

Y ¿a dónde irá mi espíritu sin rumbo?
¿Dónde está el fin de mi viaje evasivo?
Biznieto de ese viking, no busco ningún oro:
la ambición me es extraña, y al acaso derivo...
Y ¿a dónde irá mi corazón exórbite?
¿Dónde el aduar y la tienda radiante
y la endrina gacela de alucinados ojos,
de boca enardecida, de regazo odorante?

¿Dónde está el fin de mi viaje evasivo?
¿Y en cuyo acantilado destrizarán mi leño
la furia de los ávidos vientos vertiginosos
y mi deseo ilímite y el desbridado ensueño?
¡Al acaso derive...! ¡Y azar y azur me roben!
¡Azar y azur me traigan! ¡Azar y azur me lleven!
¡Al caso discurra...! Y en hórridas héjiras
cruce los arenales que los vientos se beben!

Al acaso. Sin rumbo. Sin fin. Y sin objeto.
¿Cuál ambición más amplia que errar como las ondas,
vagar como las nubes, girar como los astros:
locamente..., o regido por mecánicas hondas?
Al acaso. Sin rumbo. ¿Y hacia un amor emproro?
¿Yo ansío esa gacela que mi ser adivina,
yo busco esa gacela que mi ensueño conoce...?
Yo te he de hallar, gacela ruborosa y felina...

Selección

Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño,
oh río en el que el ojo clava su arpón buido...
—del tren al caligíneo hervor— la mente en fuga,
frente de ti se exalta con tu fiebre y tu ruido...
Y ¿a dónde irán, mi espíritu errabundo,
mi corazón pirata, mi acerbía, mis sedes?
Y ¿a qué saberlo, oh viking, si el rumbo más extraño
la Rosa de los Vientos lo capta con sus redes?

Al acaso. Al acaso. Y hacia qué albur navego...?
Soy cansado epígono de una estirpe del mar:
¡en mí, insurrectas baten alas emigratorias,
comban sus vientres velas encinta del azar...!

León de Greiff

Índice

Presentación	
<i>Luis Germán Sierra J.</i>	3
Sarta del río Cauca	
<i>Jaime Jaramillo Escobar</i>	7
Relato de Erik Fjordsson	
<i>León de Greiff</i>	15
El río	
<i>Tomás Carrasquilla</i>	22
El río Medellín	
<i>Pablo Montoya</i>	28
En el río Magdalena	
<i>Julio Flórez</i>	32
Al Magdalena	
<i>Max Grillo</i>	33
Los otros	
<i>Alberto Ibarbo Sepúlveda</i>	35
Ofrenda a Yuma	
<i>Hernán Tello</i>	39
Nacimiento del río Magdalena	
<i>Juan Manuel Roca</i>	41

Selección

Canto al Atrato	
<i>Carlos Mazo</i>	43
Aures	
<i>Gregorio Gutiérrez González</i>	50
Acuarela	
<i>Isabel Lleras Restrepo</i>	54
¡Oh! Liboriana!	
<i>Falira Londoño Santamaría</i>	55
Río Magdalena	
<i>Germán Isaza Gómez</i>	58
La ninfa del San Juan	
<i>Pubenza Restrepo de Hoyos</i>	60
El río Urrao	
<i>Hernando Rivera Jaramillo</i>	69
Al Yuma. El río Urrao	
<i>Lázaro Vélez Cossio</i>	72
Río Nus	
<i>Jesús Evelio Ospina Ospina</i>	73
Relato de Gunnar Fromhold	
<i>León de Greiff</i>	75



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Conoce todos los servicios de información y las colecciones físicas y electrónicas que te ofrece el Sistema de Bibliotecas, para apoyar las actividades de docencia, investigación y extensión de la Universidad de Antioquia.
<http://biblioteca.udea.edu.co>